

Gobiernos y los pueblos de la América independiente, desde el Oregon hasta el Cabo de Hornos. Dígase después de cada una la comparación del nombre español en sus colonias con el inglés en las mismas, en forma de rima para la memoria.

(La lección de 11 de Abril)

LECTURAS HISTÓRICAS

V

«La nación que nos oprimió tres siglos.» Reflexiones sobre esta frase del «Federalista.»—Los indios, los descendientes de los españoles.—Lo que dicen algunos de los primeros.—Absurdos de muchos de los segundos.—Origen de su odio á los españoles.—Lo que se puede contestar á todo lo que he dicho.—Demostración de los absurdos.—Razonamientos disparatados.—Sinrazón de los pueblos que aborrecen á sus fundadores.—Los americanos del Norte.—Amor y respeto que profesan á sus antepasados los «Pergrinos», y á todos los demás colonos ingleses.—A ningún americano le ha ocurrido jamás aborrecer ni despreciar á sus padres, ni decir que estos les hicieron daño viniendo á establecerse en América.—Semejanza de ideas entre los colonos ingleses y los españoles sobre religión y monarquía.

«La nación que nos oprimió tres siglos.» Estas palabras se encuentran al final del penúltimo párrafo del artículo que nos ocupa, y es necesario hablar de ellas.

¿Quién dice eso? ¿Los indios? Aunque podrían decirlo sin que la idea y la locución fueran absurdas en su boca, no tendrían razón si lo dijéran; porque fueron para su bien todas las leyes que se dictaron para la colonia; y aunque al principio hubo que deplorar las violencias que acompañan y siguen

«La nación que nos oprimió tres siglos.» Reflexiones sobre esta frase del «Federalista.»—Los indios, los descendientes de los españoles.—Lo que dicen algunos de los primeros.—Absurdos de muchos de los segundos.—Origen de su odio á los españoles.—Lo que se puede contestar á todo lo que he dicho.—Demostración de los absurdos.—Razonamientos disparatados.—Sinrazón de los pueblos que aborrecen á sus fundadores.—Los americanos del Norte.—Amor y respeto que profesan á sus antepasados los «Pergrinos», y á todos los demás colonos ingleses.—A ningún americano le ha ocurrido jamás aborrecer ni despreciar á sus padres, ni decir que estos les hicieron daño viniendo á establecerse en América.—Semejanza de ideas entre los colonos ingleses y los españoles sobre religión y monarquía.

CUESTIONES HISTÓRICAS.

V

«La nación que nos oprimió tres siglos.» Reflexiones sobre esta frase del «Federalista.»—Los indios, los descendientes de los españoles.—Lo que dicen algunos de los primeros.—Absurdos de muchos de los segundos.—Origen de su odio á los españoles.—Lo que se puede contestar á todo lo que he dicho.—Demostración de los absurdos.—Razonamientos disparatados.—Sinrazón de los pueblos que aborrecen á sus fundadores.—Los americanos del Norte.—Amor y respeto que profesan á sus antepasados los «Pergrinos», y á todos los demás colonos ingleses.—A ningún americano le ha ocurrido jamás aborrecer ni despreciar á sus padres, ni decir que estos les hicieron daño viniendo á establecerse en América.—Semejanza de ideas entre los colonos ingleses y los españoles sobre religión y monarquía.

«La nación que nos oprimió tres siglos.» Estas palabras se encuentran al final del penúltimo párrafo del artículo que nos ocupa, y es necesario hablar de ellas.

¿Quién dice eso? ¿Los indios? Aunque podrían decirlo sin que la idea y la locución fueran absurdas en su boca, no tendrían razón si lo dijéran; porque fueron para su bien todas las leyes que se dictaron para la colonia; y aunque al principio hubo que deplorar las violencias que acompañan y siguen

siempre por algun tiempo á toda conquista armada, cumpliéronse al fin religiosamente aquellas leyes paternas. No hubo tal opresion para los indios.

Pero no son ellos los que dicen esto. Al contrario, algunos individuos de esa raza, que han sido y son honra y gloria de su país, declaran con franqueza generosa, que si deben su existencia material á los que fueron sus padres por la naturaleza, deben la vida de la inteligencia y del espíritu á los españoles que han sido sus padres por la civilizacion: nobles palabras que aunque expresen una verdad histórica y no sean sino un testimonio de justicia, no por eso dejan de inspirar el más profundo respeto al talento elevado y al corazon leal de los hombres que las profieren.

Los que dicen eso, los que hablan de la opresion y pronuncian ó escriben las palabras del *Federalista*, son los hijos ó nietos de los españoles, ó descendientes de ellos en algun otro grado; y como esas palabras no solo encierran una inexactitud histórica, sino que revelan una mala voluntad que apenas se comprende, vamos á explicar su origen. Lo haremos en breves palabras, y nuestros lectores verán esto mismo más por extenso en otro trabajo á que hemos aludido ya y que se publicará pronto.

1 Digo aquí lo mismo que en la nota anterior. Me referia en este pasaje á la obra que deseaba escribir con los apuntes que preceden á estos artículos.

A poco de hecha la conquista, los individuos de las órdenes religiosas se constituyeron en protectores natos de los indios y entraron en lucha abierta con los conquistadores que abusaban de ellos. En sus conversaciones, en el púlpito, en todas partes, sacaban siempre la cara por los vencidos, reclamaban de las autoridades el cumplimiento de las leyes que los favorecian, dirigian exposiciones al gobierno contra los infractores, y muchas veces cruzaban los mares é iban á defender ante los reyes la causa de los indígenas. De aquí resultó que muchos de los conquistadores no podian ver á los frailes, y era tanto el odio que les tenian, «*que solo faltaba matallos,*» dice el cronista Mendieta. Poco despues, cuando las leyes se cumplieron, los hijos de los conquistadores no solo aborrecieron ya á los frailes que las promovian, sino tambien al gobierno que las expedia y á las autoridades que las ejecutaban, dándose por agraviados de que cuando todos los trabajos de la conquista habian sido para sus padres, todos los favores fuesen para los indios.

Habia una ley que mandaba preferir para los empleos públicos á los nacidos en Indias; pero como no eran á propósito para cumplir las otras leyes los mismos que con sus abusos las habian provocado, siempre fueron más los altos empleados que venian de España que los nacidos en América. Disgustados por ello, continuaron aborreciendo al gobierno que á su parecer los postergaba; y aquel disgusto,

heredado por sus descendientes, ha hecho que algunos de estos, trastornando las cosas, confundiendo las ideas, y dando nueva expresion á las quejas de sus antepasados, clamen contra la conquista y contra España, «que oprimió, dicen, vejó y esclavizó á nuestros padres.»

Si los indios dijeran esto, no tendrían completa razon, pero no dirían un absurdo. Cuando lo dicen los descendientes de los conquistadores, dicen un absurdo y cometen una injusticia. Excusado es añadir que el absurdo es más flagrante cuando dicen eso los hijos de los españoles que casi acaban de llegar de España y no tienen en su ascendencia conquistador alguno. Lo cierto es que asociado con este absurdo han cometido algunos en América un crimen que era desconocido en la historia: aborrecer á sus padres y maldecir de su raza.

Vamos á decir algo sobre esto; pero no será ya refiriéndonos al artículo del *Federalista*, puesto que en él, aunque hay en nuestro concepto inexactitudes é injustas apreciaciones, no hay absurdos. Bueno será sin embargo antes de pasar á otra cosa, indicar brevemente lo que se puede contestar á todo lo que hemos dicho.

No hay más que reunir en corto espacio todos los horrores de la conquista y sus consecuencias, y formar con ellos un cuadro negro, siniestro y lúgubre, capaz de inspirar compasion y horror á los más empedernidos corazones: recordar las crueldades de

los compañeros de Colon en Santo Domingo, los perros de presa que destrozaban á los inocentes indios de las Antillas, las matanzas de Cholula y del templo de México, la prision y engrillamiento de Moctezuma, los sacrificios de Guatimotzin y de Atahualpa, la dureza y codicia de los encomenderos, la pieza llena de oro de los templos y palacios de los Incas, las muertes, las violaciones, los irritantes abusos de la fuerza; y despues aquella doble tiranía teocrática y civil que pesó sobre la América española, las hogueras de la Inquisicion, la mordaza puesta al pensamiento, las injusticias y latrocinios de los vi-reyes que fueron malos, las maldades de los jueces que vendieron la justicia: todo esto reunido, agrupado, ponderado con elocuente y patético estilo, pintado con vivos y palpitantes colores, produce en el ánimo un sentimiento de indignacion y horror contra los hombres que lo hicieron y contra la nacion de donde venian. Y la tarea es fácil: para las atrocidades de la conquista no hay mas que abrir las obras de fray Bartolomé de las Casas; para las tiranías del gobierno basta poner aquel régimen á la luz de las ideas de libertad y progreso que profesamos los hombres del presente siglo.

No se dirá siquiera que no sabemos lo que se nos puede contestar. Lo sabemos bien: conocemos y deploramos las faltas, los excesos y los crímenes que empañaron las glorias de nuestra patria en el Nuevo Mundo; y por eso, y aun sin eso, no queremos que

vuelvan aquellos tiempos, porque estamos contentos con los tiempos actuales. El tiempo precisamente tuvo la culpa de todo, y de cada uno de los conquistadores que hicieron algun mal, puede decirse lo que dice Zorrilla de don Pedro el Cruel:

«Vive Dios que no fué él,
fué su tiempo quien lo hizo.»

Conocido es tambien de todo el mundo, puesto que sale á colacion siempre que se trata de estas cuestiones, el verso de Quintana á propósito de los abusos cometidos por los conquistadores de América:

«Crimen fueron del tiempo y no de España.»

Pero á pesar de aquellas sombras, y á pesar de todo, ¿quién puede negar que el descubrimiento y conquista de América y la formación de los pueblos que hoy la componen, son los hechos más grandes y gloriosos de la historia humana, y que esta gloria pertenece á la nacion española?

Vamos ahora á los absurdos; pero repetimos que esto no reza ya con nuestro apreciable colega el *Federalista*.

Dicen algunos hijos, nietos ó descendientes de los conquistadores, y lo dicen tambien algunos hijos de los españoles que vienen á México en nuestros dias:

« España y los españoles, conquistando á México, robaron *nuestra* tierra, y oprimieron, vejaron y esclavizaron á *nuestros* padres.»

¿Qué padres son estos? No pueden ser los aztecas,

puesto que hablan los descendientes de los conquistadores: no pueden ser estos, puesto que hablan de padres oprimidos, y los conquistadores no lo fueron, sino que mas bien, si hubo opresion, fueron ellos los opresores. ¿Pues quiénes fueron aquellos padres? Seguramente no los tuvieron los que hablan así, una vez que no quieren llamar tales á los conquistadores, ni pueden, aunque quieran, ser hijos de los aztecas.

Hay que advertir que los que se expresan de este modo, son los que más alarde hacen de su amor á la patria y á la independencia, de su odio á la conquista y á España; y en consecuencia, resulta en su boca este desatinado razonamiento:

« Nuestros antepasados fueron los conquistadores de México: porque ellos conquistaron esta tierra, nacimos nosotros aquí y ella es nuestra patria: porque México es nuestra patria no podemos menos de aborrecer á los que con la conquista *nos* arrebataron *nuestra* libertad y *nuestra* independencia, robando, oprimiendo y esclavizando á *nuestros* padres: nosotros pues maldecimos á España y á los españoles porque *nos* oprimieron y *nos* esclavizaron; porque aunque á ellos debemos la gloria y la fortuna de que sea nuestra patria México por ser aquella conquista la que *nos* hizo nacer aquí, no podemos perdonarles la iniquidad de *habernos* conquistado.»

El despropósito se ve más patente en boca de otros que no son descendientes de los conquistado-

res; en boca, por ejemplo, de un jóven cuyo padre vino de España hace quince ó veinte años, se casó y tuvo ese hijo. Ese jóven de quince ó veinte años truena contra la conquista, contra España y contra los españoles, y su discurso viene á ser el siguiente:

« Mi padre es español, mis abuelos españoles, nacidos todos en España; pero yo he nacido en México, y por ser esta mi patria no puedo menos de aborrecer á los españoles que conquistaron á México en 1521; y digo que fueron unos bandoleros, que no contentos con *habernos* arrebatado *nuestra* libertad, *nuestra* civilizacion y *nuestra* independencia, y con haber esclavizado á *nuestros* padres, *nos* oprimieron despues durante tres siglos, *nos* encadenaron con su tiranía política y su fanatismo religioso, y *nos* mantuvieron en la ignorancia y la abyeccion para apróvechase de las riquezas de *nuestro* país, hasta que *sacudimos* su ignominioso yugo, *recobrando* nuestra independencia: yo pues, como buen mexicano, maldigo á España y á los españoles por los infinitos males que han hecho á mi patria..... &c.»

Parécenos que en materia de despropósitos y de absurdos, no se encontrarán más garrafales en toda la redondez de la tierra ni en todo el curso de la historia.

Si hubiera razon para aborrecer..... (deciamos mal) si no fuera una brutal sinrazon que los pueblos aborrecieran á sus propios fundadores porque

vinieron de otra parte á fundarlos, todos los pueblos de la tierra estarían aborreciendo á los suyos, porque apenas habrá uno cuyos antepasados no hayan venido de otra parte. Los antepasados de los franceses, los francos, vinieron de otra parte; deberian los franceses aborrecerlos: los antepasados de los ingleses, los sajones y normandos, vinieron de otra parte; deberian aborrecerlos los ingleses: los antepasados de los españoles, los godos, vinieron de otra parte; deberian aborrecerlos los españoles. Tambien vinieron de otra parte los antepasados de los americanos del Norte..... Detengámonos un poco aquí.

Los americanos no aborrecen ni desprecian á los primeros ingleses que vinieron á la Nueva-Inglaterra, sino que los miran con filial respeto y honran su memoria con veneracion profunda. Los llaman cariñosamente los *Peregrinos*; complácense en recordar los menores incidentes de su viaje al través del Océano; pintan con la pluma y el pincel las tempestades de aquel viaje, la vida que hacían á bordo del «*Mayflower*,» las escenas religiosas de sus cánticos sagrados á la caida de la tarde y al nacer la aurora, su llegada á la roca de Plymouth, los rigores de aquel invierno, la energía que desplegaron para establecer la colonia, su valor en los combates con los indios, su piedad religiosa, &c., &c. Cuando dicen «*nuestros* padres,» aluden siempre á los *Peregrinos*; cuando hablan de su historia, ya se sabe que el principio de ella es aquella peregrina-

cion que hicieron sus padres desde las costas de Europa á las de la América.

Igualmente respetuosos son con los demas personajes que vinieron despues, considerando como suya la gloria que alcanzaron en sus expediciones guerreras ó en sus empresas colonizadoras. Sus historiadores refieren minuciosamente las novelescas hazañas de Juan Smith y Daniel Boon; sus poetas las cantan en sus versos; sus artistas las pintan en sus cuadros. La historia, en fin, de la colonia es guardada con amor por la República independiente, y jamás le ha ocurrido á un americano decir ni pensar que aquellos hombres fueran usurpadores de su tierra ni aquel período una ignominia; y eso que eran otras las ideas y el régimen de la época colonial. Aquellos *Peregrinos* tan venerados y tan poetizados por sus descendientes, decian en el primer documento que publicaron en el Nuevo-Mundo, que eran «leales vasallos de nuestro temido soberano el rey Jacobo, por la gracia de Dios rey de Inglaterra,» y agregaban que habian emprendido aquel viaje «por la gloria de Dios y adelantamiento de la fe cristiana, y en honra de nuestro rey y de nuestra patria.»

¿Qué razon hay para que los descendientes de los primeros españoles que vinieron á estas otras regiones de la América, los quieran mal porque venian animados del mismo espíritu que los ingleses, y eran á su vez súbditos de un rey de España?

(LA IBERIA de 15 de Abril.)

CUESTIONES HISTÓRICAS.

VI.

Veneracion á los antepasados.—Otra vez los americanos del Norte.—Dicho de Daniel Webster.—Los ascendientes de los hispano-americanos.—La conquista de Granada.—El descubrimiento de América.—Aventuras y aventureros.—Evocacion de las glorias de los españoles en América.—España civiliza y puebla este vasto continente en tres siglos.—Los gobiernos coloniales, el de Nueva-España.—El absolutismo de entonces.—Odios de la guerra de independencia.—La fraternidad.—El elemento español considerado como elemento de retroceso.—Protesta contra esto.—Confianza del autor.

Todos los pueblos de la tierra veneran la memoria de sus padres, y ninguno es tan desgraciado que no tenga algun motivo en que fundar esta veneracion. Cuando no hay grandes y heróicos hechos que celebrar, el cariño filial suple por ellos, prestando á sus progenitores excelencias y virtudes de que tal vez no estuvieron adornados. Tan cierto es esto, que hasta los pueblos más adelantados y más cultos tienen á gloria descender de quien descenden aun-

que sus mayores fueran bárbaros. Los españoles, los franceses y los ingleses se precian de llevar en sus venas la sangre de los godos, de los francos y de los sajones. Las más elocuentes piezas oratorias que tienen los norte-americanos, son las pronunciadas en las grandes fiestas que consagran á celebrar la llegada de sus antepasados al Nuevo-Mundo. En una de ellas pronunció Daniel Webster uno de aquellos discursos ciceronianos que le acreditaron como uno de los más grandes oradores de su época, y en él decía que despues de los deberes religiosos y de los sentimientos morales, no hay deber más sagrado ni sentimiento más noble que esta reverencia con que recordamos las virtudes de nuestros padres.

¿Será tan desgraciada la descendencia de los españoles en América, que no solo no encuentre nada que venerar ni que respetar en ellos, sino que esté condenada á aborrecer y despreciar á sus progenitores?

Vamos á verlo.

Los españoles acababan de conquistar á Granada, poniendo así término á su guerra de ocho siglos con los moros: ¡Qué sitio el de Granada! Ni el famoso de Troya ofrece episodios más encantadores en los poemas inmortales de Homero. Allí estaban la prez de los guerreros y la flor de las bellezas de Castilla con la reina doña Isabel, la mujer más ilustre de la historia. Delante de aquel ejército de hermosuras daban los caballeros sus asaltos á la ciudad

sitiada, y emprendian con sus defensores aquellos épicos combates que eran verdaderas matanzas por lo sangrientos y parecian torneos por lo vistosos, presenciándolos desde las almenas las moras con Zoraya, desde el campamento las cristianas con doña Isabel. Un cronista contemporáneo dice que Granada se ganó por el amor, porque los caballeros castellanos, peleando á la vista de sus damas, hicieron prodigios que nunca habia contado la historia, realizando las ficciones de las leyendas y epopeyas.

El mismo año en que se tomó á Granada, descubrió Cristóbal Colon la América. Todo el mundo sabe lo que sucedió. El inmortal marino genovés habia ido por las Cortes de Europa ofreciendo á los reyes y á los pueblos el mundo nuevo que su genio le revelaba, y nadie le habia hecho caso; por donde se ve que los sabios extranjeros de la época habian sido por lo menos tan ignorantes como los censurados doctores de Salamanca. Un fraile sin embargo, el guardian de la Rávida, habia comprendido las magníficas visiones del marino, y despues las comprendió y patrocinó una mujer, la heroica reina de Castilla. Por eso dice un escritor irlandés, considerando las ideas que representaban aquellos tres personajes, el fraile, la mujer y el marino, que la América es hija de la religion, de la belleza y del valor. ¡Bello origen de estas espléndidas regiones destinadas por Dios á ser mansion de la libertad y último teatro de la civilización cristiana!

Apenas podemos hoy formarnos una idea del asombro que causó en el mundo antiguo la noticia de haberse descubierto un nuevo mundo. Todos los pueblos de la cristiandad habian celebrado con demostraciones de gozo la caída de Granada, último baluarte del islamismo en Europa, y habian enviado por ello felicitaciones á España y á sus reyes. Para celebrar el descubrimiento de un mundo, ya no hubo fiestas: no hubo mas que asombro y pavor por el inaudito acontecimiento, admiracion y aplauso universal á la gran nación que habia realizado tambien la prodigiosa hazaña.

Desde entonces ya vino estrecha á los españoles la tierra conocida, ya no tuvieron atractivo para ellos los peligros de las guerras vulgares. Para la inmensidad de su genio y de su valor era necesaria la inmensidad de mares desconocidos y de tierras ignoradas, y los peligros de las nuevas expediciones tenían un encanto irresistible para sus imaginaciones inflamadas por el amor á la gloria. Despertóse pues en ellos la fiebre de los descubrimientos y de las conquistas; lanzáronse al mar en sus diminutas carabelas, y dió principio aquella serie de asombrosos viajes que dejaron atrás por sus maravillosas peripecias, á las que inventó la poesía para dar interes á los viajes de los antiguos argonautas.

Aquellos hombres extraordinarios, despues de vagar meses y meses por las soledades del Océano, y de luchar impávidos con sus furiosas tempestades,

llegaban, plantaban la cruz en la tierra que descubrian, vestíanse sus mejores galas, desplegaban la bandera al viento; y con ella en una mano y la espada desnuda en la otra, descubierta la cabeza, hincada la rodilla, los ojos en el cielo y el pensamiento en la patria, tomaban posesion de la nueva tierra por el rey, y juraban defendérsela y guardársela á costa de sus vidas y haciendas. Así lo hacian todos; ¡y sabian sin embargo, que estaban expuestos á que aquellos reyes envidiosos y desagradecidos los cargáran de cadenas, ó los dejáran morir abandonados en un hospital ó en algun oscuro calabozo!

¡Qué época! ¡qué hechos! ¡qué hombres!

Allá vienen Ojeda, el paladin más gallardo de aquel siglo, los Pinzones compañeros de Colon, y los Valdivias, que descubren y reconocen las costas orientales de la América del Sur. Por aquí avanzan Ponce de Leon y Hernando de Soto, que lidian con la raza mas valerosa de los indígenas americanos; que descubren el inmenso Mississippi, y edifican la mas antigua ciudad que tienen los Estados Unidos. Allí aparece en el istmo de Darien Vasco Nuñez de Balboa, de rodillas en la cumbre de la motaña, con los brazos extendidos y dando gracias al cielo, porque acaba de aparecersele el inmenso Océano Pacífico, resplandeciente con el fúlgido sol de una mañana. Allá van Pizarro y Almagro, torvos, rudos y codiciosos sí, pero heróicos y magníficos, á reem-

plazar con la pura civilizacion de Jesus la impura aunque poética civilizacion de los Incas. Aquí está Hernan Cortés, que quema las naves, que avanza osado contra el imperio más poderoso y aguerrido del Nuevo-Mundo; que encuentra héroes como él y sus compañeros con quienes combatir, y que convierte el imperio azteca en una nueva España tan bella y tan suntuosa como la antigua.

¿Quién puede avergonzarse de descender de aquellos hombres, ni qué motivos tendrían sus descendientes para aborrecerlos y despreciarlos?

Por lo que á nosotros toca, pedimos perdon del entusiasmo que nos excitan aquellos hechos y de la gratitud que sentimos hácia los héroes inmortales que los consumaron. Por ellos puede un español recorrer toda la América y figurarse que no ha salido de su casa; porque apenas dará un paso en este continente sin tropezar con pueblos que le conmuevan el corazon hablándole su idioma, ó con monumentos que lisonjeen su orgullo recordándole la grandeza y la gloria de sus padres. Los grandes rios y los grandes lagos del Norte le dirán que los vieron antes que pasára por allí la raza que puebla sus orillas: la tierra de Washington le dirá que vió á Ponce de Leon y Hernando de Soto mucho antes que á sus Peregrinos: los Andes, el Orinoco y el mar del Sur le hablarán de los Ojedas, de los Valdivias y de los Balboas: la América toda, con las magnificencias de su tierra, con el esplendor de su

cielo, con los monumentos que la adornan, con el idioma que habla, con el porvenir que la espera, le recordará el primer héroe y la primera hazaña, el descubridor y el descubrimiento, los aventureros que la hicieron teatro de sus proezas inauditas, los legisladores que la hicieron objeto de sus leyes bienhechoras. Y el pecho del español se dilatará para recibir las bendiciones que todos los siglos dirigen á España por haberla elegido el cielo para hacer á la humanidad el magnífico regalo de un mundo.

Perdon otra vez, si al evocar estos recuerdos, no hemos podido prescindir de un movimiento de entusiasmo. La historia que le excita, no es exclusivamente nuestra historia, sino la del genio humano con el mayor de sus prodigios. España era entonces el mundo que avanzaba y se extendía en alas de una civilizacion bienhechora: sus héroes son ya ciudadanos de todos los pueblos; sus glorias son glorias del linaje humano.

Despues de las conquistas vinieron los gobiernos..... Nada diremos ya sobre esto, sino referirnos al espíritu de las leyes de Indias que hemos citado. Por lo demas, véase lo que es España, un punto casi imperceptible en la tierra; véase lo que es la América, es casi la mitad del globo; y sin embargo, aquella España tan pequeña fué bastante inteligente, fecunda, enérgica y poderosa para poblar, civilizar, gobernar y engrandecer estas in-

mensas regiones por espacio de tres siglos, de manera que cuando llegó su hora, pudieron formarse en ellas veinte pueblos distintos é independientes.

Concretándonos á México, no hay necesidad de saber la historia; basta recorrer el país para conocer que la metrópoli se empeñó en engalanar á la Nueva-España, como una madre á su hija, y que consiguió hacer de ella la joya mas preciada del Nuevo-Mundo. Durante los tres siglos, la historia de los mexicanos y la nuestra fueron una misma historia: suyos fueron nuestro Cervantes y nuestro Calderon; nuestros fueron su Alarcon y su Gorostiza; juntos combatieron nuestros padres y los suyos en unas mismas campañas; juntos gozaron las mismas alegrías y sufrieron los mismos dolores. ¿No quieren algunos que sea así? Pues aunque no quieran, así fué. Los descendientes de españoles que así piensan, quieren quedarse sin historia. Los indios siquiera tienen la suya con sus misterios, sus penates, sus peregrinaciones, su Guatimotzin y su heroica defensa de México. ¿Qué les queda á los hijos de los conquistadores si dicen que la conquista y sus consecuencias fueron un baldon para sus padres?

El absolutismo del gobierno colonial sirve hoy de pretexto para aborrecerle y maldecirle. España no tenia obligacion de gobernar las Américas conforme á las ideas que nosotros tenemos, porque no las conocia, y gobernó bien para su tiempo.

La guerra de la independencia produjo odios entre mexicanos y españoles. Ya aquello se acabó, y solo queda en el corazon de unos y otros el gran principio de fraternidad que debe unir á todos los pueblos, y que no obliga menos á los que tienen un mismo origen que á otros.

Las luchas de los partidos aquí han renovado á veces ese odio, ó le han sacado á la escena, haciendo figurar siempre el elemento español como elemento de retroceso. Nosotros protestamos á nombre de la España actual y de los españoles que aquí residen, contra esa injusticia. Entre los españoles hay de todo; pero somos en general tan amigos de la libertad y del progreso como los que mas alarde hacen de liberalismo.

No quedan pues aquí mas que puras cuestiones históricas, las cuales pueden resolverse por los mexicanos en el sentido que nosotros lo hacemos, sin temor de pasar por retrógrados. Nosotros aborrecemos la tiranía de Felipe II; y sin embargo no aborrecemos ni despreciamos á la España de aquel tiempo. Los norte-americanos están muy lejos de pensar como sus Peregrinos, porque no son intolerantes ni fanáticos como ellos; y sin embargo, lejos de aborrecerlos ni despreciarlos, aman y veneran su memoria.

Lo mismo pueden hacer los hijos de la América española con sus antepasados, y lo harán. Confiamos para ello en los desengaños del tiempo, en el

espíritu del siglo, en el grito de la naturaleza y en la justicia de la historia.

El señor Esteva ha empezado á replicar en el *Federalista* á lo que decimos en nuestro artículo sobre cuestiones históricas. Nos favorece con lisonjeras palabras, hijas de su bondad, que le agradecemos mucho, é insiste en lo que asentó en su primer artículo. Nosotros hemos puesto fin al nuestro, porque nos cansamos de escribir á la carrera sobre un asunto que requiere mas sosiego y espacio del que tenemos ahora.

(LA IBERIA de 18 de Abril.)

CUESTIONES HISTÓRICAS.

VII.

Algunas reflexiones sobre esta polémica.—Pintura horrenda de la conquista y de los conquistadores.—Nada tiene que ver la libertad de México con esta cuestion histórica.—Ya el elemento español no es arma de partido.—Fanáticos que aborrecen á los españoles, y liberales que los quieren.—Las ideas antiguas y las modernas.—Imparcialidad en esta cuestion.—Grandeza y poesia de la conquista.—Cristóbal Colon, doña Isabel la Católica, los teólogos de Salamanca.—Defiéndese el título de héroe que la historia da á Hernan Cortés.—Verdadera idea del heroísmo.—Recuerdo de algunos héroes y de algunos hechos heroicos.—Dificultades de la conquista.—Valor heroico de Guatimotzín y de sus guerreros.—Valor y genio de Hernan Cortés.—Varios hechos de la conquista.—Flaquezas del héroe.—Alejandro Magno.—Los amores con doña Marina.

El señor don Gonzalo Esteva ha publicado en el *Federalista* otros tres artículos sobre este asunto, contestando á lo que sobre él hemos dicho nosotros. Más adelante se verá hoy el primero, y en otros dos dias reproduciremos los otros dos.¹

Aunque nosotros hemos dado punto á la cuestion, bueno será que repliquemos algo, aunque sea rápi-

¹ Reproducía yo en la *Iberia* los artículos del señor Esteva, pero aquí no es posible.